

**GAZAPERA**

**SÓFOCLES**

«Debido a que empezará una nueva década el próximo 1 de enero...». ACI Prensa.

Mucha gente está convencida de que estamos iniciando la tercera década del siglo XXI. Pues no, porque la década primera tiene diez años que empieza en uno y terminan en diez. La década primera de este siglo empezó con el año 2001 y terminó al final del 2010. La segunda década empezó el primero de enero de 2011 y termina el 31 del 21. Una semana tiene siete días desde el uno al siete; unos meses tienen 30 días; otros, 31 y febrero tiene tres años en los que se hablan de 28 y uno con 29. Entonces, to-

davía nos faltan 360 días para cerrar la segunda década del siglo XXI. Supongo que la nota de ACI Prensa cubría a España, pues ellos dicen «uno de enero» y los americanos «primero de enero». A principios del año pasado alguien dijo que la Real Academia Española había anulado el «primero» en las fechas, y que los americanos teníamos que decir «uno». Eso habría sido mejor el 28 de diciembre para que pasáramos por inocentes.

**Mea culpa**

Apenadísimo estoy por una frase en la que traté de ridículo el valle de Aburrá. No fue eso lo que quise decir, sino ese afán de los representantes municipales de evitar el nombre de Medellín siendo esta ciudad la

que paso a paso ha dado las pautas para hacer del área metropolitana de Medellín la mejor del país. Mi disculpa no llegó a la oficina de los columnistas por lo cual salió esa palabra que me dolió.

**Ex**

«Lo correcto: El exMedellín se convirtió en el jugador más desequilibrante...». *El Colombiano*.

Lo verdaderamente correcto: «El exjugador del Medellín se convirtió en el más desequilibrante...». Debemos también recordar que las palabras formadas con prefijos no llevan mayúscula intermedia.

Feliz Año para todo el personal de **El Espectador**.  
gazapera@gmail.com

**En Colombia estamos mejor que nunca**

**LUIS CARLOS VÉLEZ**



ES CIERTO QUE NUESTRO PAÍS TIENE muchos problemas, pero cuando se hace una mirada fría de los indicadores básicos no cuesta darse cuenta de que estamos en la mejor época histórica de la nación.

Para asimilar esta realidad basta con darle una revisada al extraordinario banco de indicadores económicos y sociales del planeta que constantemente se actualiza en [www.ourworldindata.org](http://www.ourworldindata.org) y que mantiene la prestigiosa Universidad de Oxford. Magnífico.

Empecemos con la mortalidad infantil. Según documentos oficiales, la tasa de muertes de niños en nuestro país en 2018 fue de 14,2 por cada 1.000 nacimientos, mientras que en 1969 fue de 101,5. Si damos un vistazo a la expectativa de vida, los avances también son extraordinarios. Mientras que hoy por hoy un colombiano puede esperar vivir unos 74 años, en 1960 la esperanza era alcanzar a duras penas los 56. Lo mismo ocurre con la tasa de pobreza, que actualmente está en su nivel más bajo en la historia.

La lista de avances continúa a nivel del tamaño de la economía. Mientras que el PIB per cápita ajustado por PPP era de US\$2.772 en 1980, en 2019 habría alcanzado superar los US\$14.930. Y, finalmente, si usted se concentra en acceso a internet como indicador de calidad de vida, puede notar que según datos entregados por el Mintic, la penetración a la red en nuestra nación es hoy por hoy del 60 %, mientras que hace cinco años era de apenas el 15 %. Genial.

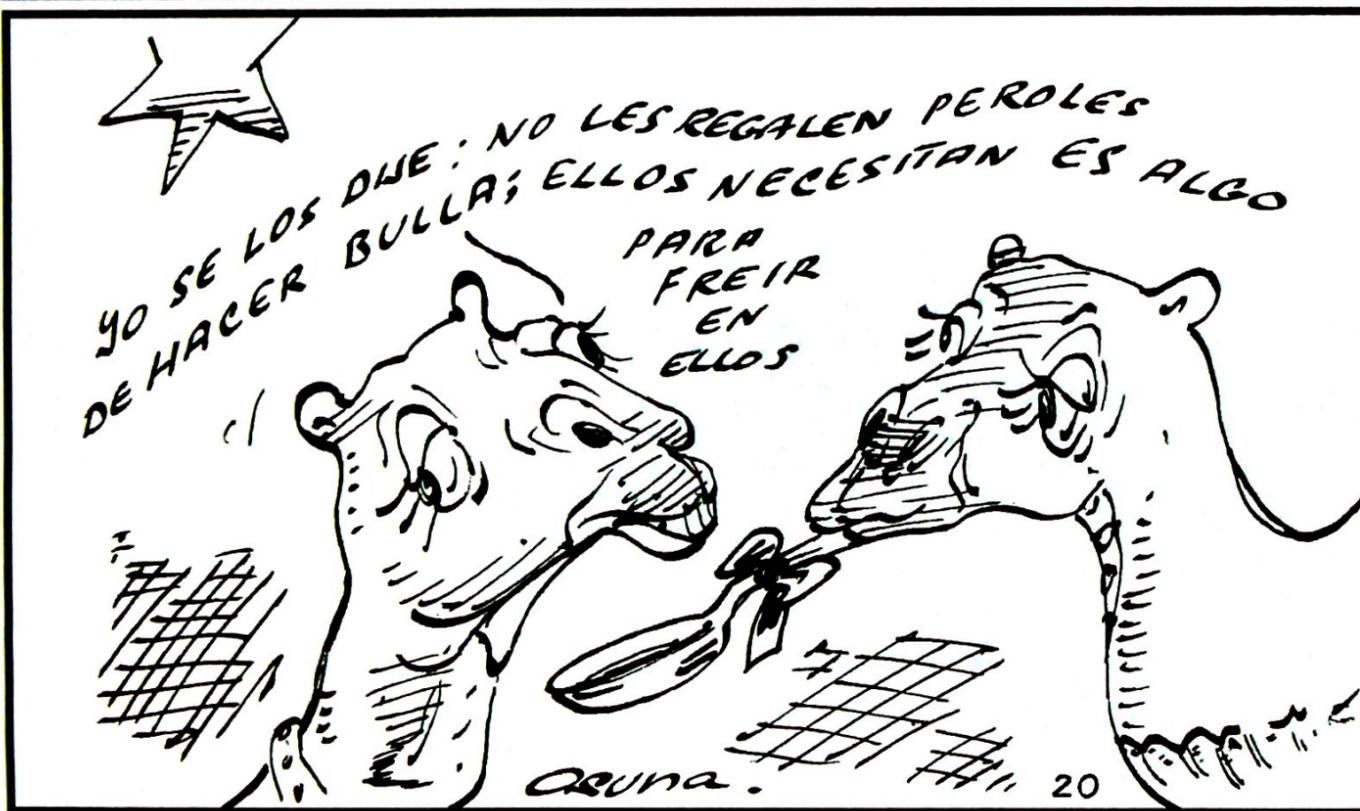
Entonces, ¿por qué sentimos que todo está peor que antes? Esta semana hablé con el columnista británico Mark Littwood sobre el tema y me dijo que fundamentalmente la respuesta está en los medios y las redes sociales. El escritor del diario *The Times* sostiene que la prensa tiende a concentrarse en los sucesos, pero no en las tendencias, mientras que las redes hacen ahínco en los hechos sin contexto y bajo la lente oportunista de la política.

El escritor de *The New York Times* Nicholas Kristof también abordó el tema la semana pasada. Su columna “Este ha sido el mejor año de la historia” anota que nunca la humanidad ha estado en un mejor momento y destaca que cada día durante los últimos diez años hemos visto cómo por lo menos 325.000 personas tienen por primera vez acceso a la electricidad, más de 200.000 logran agua potable y más de 650.000 estrenan conexión a internet.

Lo que nos lleva a preguntarnos: entonces, ¿por qué las protestas? La respuesta puede estar en la velocidad en la que queremos que ocurran las cosas. Gracias a este mundo hiperconectado es cada vez más fácil comparar nuestro estado de vida con el de los demás. Alguien sentado en cualquier esquina de Colombia puede ver qué está haciendo otra persona en otro rincón del planeta y se puede preguntar las razones de no tener un entorno similar. Cuando no encuentra una respuesta satisfactoria, ahí inicia la frustración. Pero que las cosas no sean mejores no significa que estén mal. Clave.

Por eso el llamado para todos, en este 2020 que comienza, es el de entender que hay razones para ser optimistas en nuestro país. Colombia no será la nación más rica ni la más desarrollada, pero cuando se miran fríamente los números es evidente que vamos para adelante.

**Osuna**



La pobreza en Belén

**Información privilegiada**

**LO DIVINO Y LO HUMANO LISANDRO DUQUE NARANJO**



ME IMPACTÓ MUCHO LA COLUMNA de Tatiana Acevedo Guerrero del 22 de diciembre de 2019 en *El Espectador*, titulada “El Caprichito”. Quizá porque, aunque siempre he pensado que López Pumarejo fue el mejor presidente de Colombia en el siglo XX, ignoraba la tras-escena de sus intrigas, durante su mandato y medio —le dieron golpe de Estado en el segundo—, para proveerse de tierras baldías sobre las que tenía información privilegiada dada su alta investidura.

Una de esas tierras se llamaba “El Caprichito” y era de respetable extensión. No sé por qué nunca le sospeché indelicadezas a ese patriarca y hasta visité respetuoso su casa natalicia en Honda. Siendo hijo de un banquero del siglo XIX, Pedro López, algo debería chirriarme en su reputación, que por supuesto heredó después de sus nietos e hijo, este último el “compañero jefe” que ahora sale en los billetes de 20.

Felipe, su nieto mayor, cogió una buena

revista de peluquería, *Semana*, y la convirtió en un dos por tres en una de esas que se encuentra uno en los bolsillos delanteros de las sillas de los aviones.

Aún así, fue un buen presidente López Pumarejo y algo dejó para los demás: la Ciudad Universitaria, la ley 200 de tierras, derechos laborales y otras conquistas. Pero algo ha perdido mi corazón, que lo tuvo siempre por un mandatario probo.

La columnista Acevedo cita una investigación hecha por Yamile Salinas, Camilo González y Saskia van Drunen, en la que “encontraron grandes extensiones de baldíos, titulados por el Ministerio de Agricultura a familiares del expresidente López Pumarejo en los años 50. Esas tierras están hoy sembradas con cultivos de caña del proyecto El Alcaraván de Bioenergy y **Ecopetrol**”.

“Mi querido Alfonso”, le decía López Pumarejo a su hijo López Michelsen, “espero que cada día sea más clara para ti esa estrecha conexión que tienen los desarrollos políticos (en Colombia) con mis actividades en Nueva York”. La carta se refiere a asuntos relacionados con extensiones de tierras (potencialmente petroleras) en el Carare, que el expresidente intentaba vender a la Tropical Oil Company. “Nuestros derechos sobre las tierras del Carare son

legítimos”, explica López, “podemos venderlos a esta o aquella compañía, por tal o cual suma, sujetándonos a las leyes vigentes sobre petróleo, las cuales rigen por igual para todos los ciudadanos y no se modifican por la circunstancia de que uno haya sido presidente de la República o pueda volver a serlo”. La escribió en 1940, dos años después de haber concluido su primer mandato, en el 38, y cuando le faltaban dos para aspirar al segundo, en el 42. Le dice eso a quien también iba a ser presidente 34 años después, y de quien Lleras Camargo dijo que estaba “incurso en algunos actos de piratería”. Y que perdió su segunda Presidencia por haber inducido a su hijo menor, Juan Manuel López, a comprar a precio de huevo una finca en los llanos, “La Libertad”, por tener también la información privilegiada de que por ahí iban a echar una carretera que potenciaría su precio. A causa de este escándalo, el columnista Klim estuvo a punto de tumbarlo desde su columna en *El Tiempo*, motivo por el que *El Tiempo* lo echó y terminó recibiendo la hospitalidad de *El Espectador*.

Que conste que el tema de los hijos de Uribe, con lo de la zona franca en Mosquera, no es inédito, sino una endemia nacional de los “hijos del Ejecutivo”.